

La vuelta al mundo de Olof Palme

ECHARA de menos Olof Palme el poder, pan de los políticos, "ese afrodisíaco supremo", que diría Kissinger? Claro que sí. Aunque su respuesta inmediata es: "No. Me siento liberado. Voy a poder meditar los problemas de los años ochenta, escribir...", inmediatamente rectifica: "Con toda sinceridad, voy a echarlo de menos".

A punto de cumplir los cincuenta, aparenta físicamente diez años menos, y su mentalidad es la de un hombre veinte años más joven. Palme es un hombre de tranquilizadoras reservas. Tras la derrota electoral del septiembre gris de la socialdemocracia sueca —"por un 0,7 por 100 de los votos", subraya—, Palme sigue siendo jefe de su partido. Los suecos (pensemos en Heath o en Chaban como contraste) no meten a sus líderes vencidos en el cajón de la Historia. "A partir de mi derrota, mi casa y mi despacho parecen floristerías —murmura Palme—. Y el partido tiene veinticinco mil nuevos afiliados". Confía en volver al poder "en 1979". Pero tendrá que hilar fino: "Ahora existe una gran concentración de poderes entre manos de la derecha: poder económico y político, poder de la prensa".

¿El fracaso de los socialdemócratas equivale a un retroceso? "Un paréntesis" en un sistema alternante, sugiere Palme, quien se sabe el único estadista sueco —e incluso nórdico— con una audiencia y un aura internacionales. En París, cincuenta personas le saludan en plena calle, o en el cine Odeón cuando asiste a la proyección de "Todos los hombres del Presidente", en compañía de su ex jefe de gabinete, Pierre Schori. Carlos XII se paseaba militarmente por toda Europa. Palme realiza una excursión ideológica y sus "citas suecas" tienen lugar cada vez más hacia el Sur (1). Vuelve de Lisboa, donde se reunió, en el cónclave organizado en torno a Soares, con otros responsables de la II Internacional: Brandt, Mitterrand... Palme se prepara para el encuentro de los partidos obreros y sindicatos escandinavos que tendrá lugar, dentro de unas semanas, en Helsinki. Cuando habla de la socialdemocracia en Viena u Oslo, emplea el término "nosotros", como los comunistas antes decían "camaradas". En el fondo, como le ocurría a Car-

los XII, Suecia le viene un poco estrecha.

¿Qué razones hay para el retroceso de la socialdemocracia en su país? La campaña de los partidos burgueses contra las centrales nucleares, el desgaste. Ha habido confusión. Nos tomaron por el "establishment". ¿El crecimiento de la esfera del Estado, su paternalismo, la burocratización? "Jamás he atacado a la burocracia en público: he tomado medidas para que cambiasse —por ejemplo, en relación con los problemas fiscales de Bergman o con los periodistas hostigados por la Policía por el simple hecho de haberse referido a nuestro servicio de contraespionaje".

Pero, ¿no son más profundas las causas del fracaso electoral? Hacia 1973-1974 se puede hablar de un triunfo europeo de la socialdemocracia. Está en el poder en la República Federal Alemana, en Gran Bretaña, en los Países Bajos, en Austria... ¿Y en 1976? Retrocede en Alemania, en Finlandia, en Gran Bretaña con el partido laborista. Y sobre todo se derriba el pilar sueco. ¿Cabe pronosticar el derrumba-

miento de la Segunda? Según Palme, "se ha producido una cierta despolitización en Occidente. Es un síntoma de la crisis. Los reaccionarios lanzan frases sumarias sobre el socialismo y la amenaza de la libertad. La II Internacional tiene el deber histórico de recuperar la confianza de Occidente. Hay que clarificar la ideología del socialismo democrático".

En sus conversaciones con Serge Richard, Palme evoca una "carta ideológica" de ese socialismo. ¿Qué documento pormenorizado podría reunir a espíritus tan dispares como Kreisky, Brandt, Callaghan, Mitterrand, y —especialmente— a sus respectivos partidos? Palme: "El derecho al trabajo, al pleno empleo. Los derechos en el trabajo. La lucha por los bienes de equipo colectivos, la liberación de la mujer, la lucha contra las desigualdades sociales. Debemos elaborar una estrategia común para una política exterior frente a la Unión Sudafricana para tratar con las multinacionales, en el diálogo Norte-Sur". No existen divergencias insuperables en el camino ha-

cia un "eurocomunismo" capaz de reunir al SPD, al Labour Party, al PS, aun cuando los suecos estén menos obsesionados con el tema de las multinacionales.

¿Qué hay de la serpiente marina de las nacionalizaciones? "No estamos a favor de las nacionalizaciones globales. Hay que analizar caso por caso. Esta cuestión la solventamos ya en 1905, y en nuestro último programa, en 1975. Hay dos vías conducentes a la democratización de la economía: la descentralización, la autogestión de cada fábrica; y la planificación a escala nacional. Es más urgente planificar la industria del acero, tener una estructura eficaz, que proporciona puestos de trabajo, que volver a suscitar el tema de la propiedad de los medios de producción".

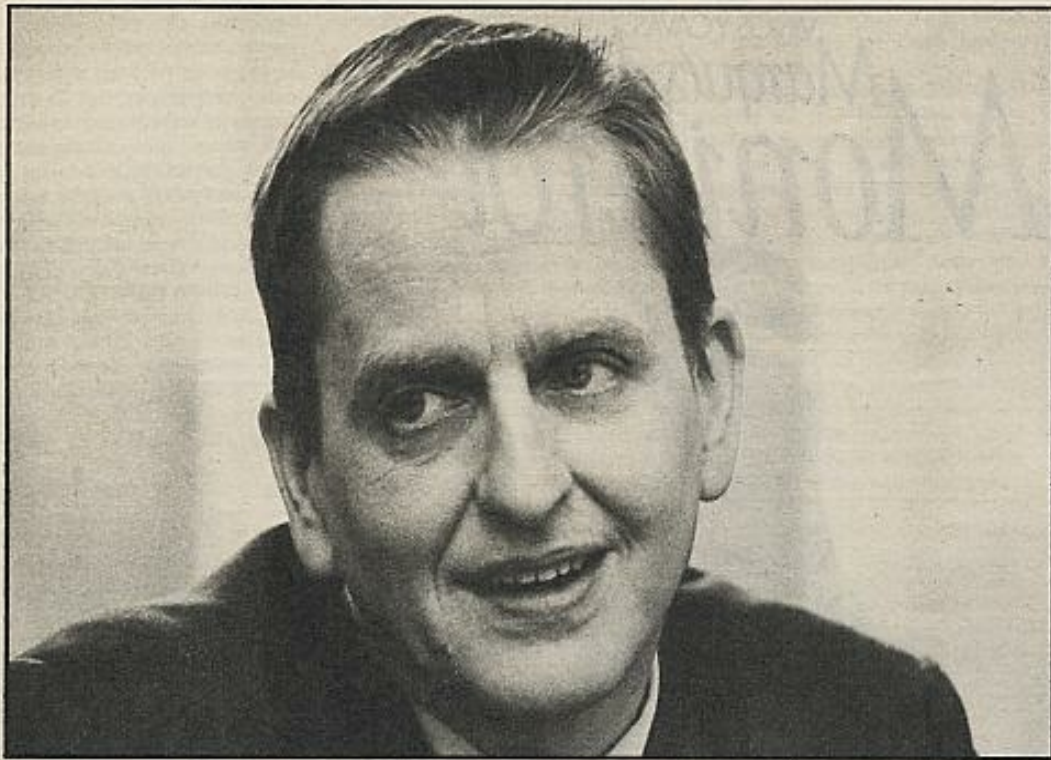
Una de las primeras decisiones de la coalición burguesa gubernamental en Estocolmo: la congelación del proyecto "Acería 80". Debía proporcionar dos mil quinientos puestos de trabajo.

En su libro, Palme "matiza" a propósito de la autogestión. "Hay que verla bajo un ángulo práctico



Palme y Brandt: el doble perfil del socialismo del Norte.

(1) Olof Palme: "Le Rendez-Vous suédois" (Conversaciones con Serge Richard). Editions Stock.



Olof Palme: de la democracia política y social a la económica.

—insiste—. Entre nosotros, los delegados de la seguridad tienen derecho a cerrar una fábrica por razones de higiene, ambientales. Por otra parte, los trabajadores tienen representantes en los consejos de administración”.

—¿Cogestión a la alemana, pues?

—Sí, pero eso no basta. Una nueva ley sueca obliga al patronato a discutir cualquier cuestión importante con el sindicato. Los obreros disponen de derecho de veto sobre las inversiones. Han de aprender a descifrar los balances

—¿Derecho de consulta?

—No, derecho de decisión.

Olof Palme está de acuerdo con Reulf Steene, presidente del partido laborista noruego, en que, de aquí a unos años, se encontrarán los socialistas, socialdemócratas y comunistas de la Europa Occidental.

Palme: “Existe esa tendencia. ¿No parecen más prudentes que yo los comunistas italianos? Son favorables a la colaboración con los partidos burgueses.

—¿Usted no recomendaría el “compromiso histórico”?

—Se trata de un matrimonio entre dos Iglesias, a ninguna de las cuales pertenezco personalmente. Al mismo tiempo se da una cierta radicalización de la socialdemocracia escandinava. Hay que situar su proceso en el contexto de nuestras tres etapas: tras la democracia política y la democracia social, la democracia económica.

(Mesianismo y universalismo añadidos, Auguste Comte debía de emplear un tono parecido para referirse a su ley de los tres estados.)

Para Palme, el problema actual en los países de la Europa Latina consiste en “integrar al obrero en la sociedad. La defensa de los derechos de los trabajadores no ha sido lo bastante eficaz. (Cortés, diplomático, se cuida bien de añadir: “como en Suecia”.) En Europa del Sur, el tamaño y el aislamiento de los partidos comunistas han garantizado una mayoría conservadora en los parlamentos. Si la Unión de la Izquierda, en Francia, da una oportunidad a la clase obrera, contará con mi simpatía”.

En su “Entrevista sueca”, Palme afirma que los comunistas occidentales están “atravesando una crisis ideológica”. Deben “renunciar a tres temas: el internacionalismo proletario, la dictadura del proletariado y el centralismo democrático”.

El ex primer ministro no conoce personalmente a Enrico Berlinguer. A cambio, hace dos años Georges Marchais y Jean Kanapa fueron bien trajeados a visitar a Palme a la isla de Gotlan. ¿Su impresión es que los comunistas se liberalizan por convicción o por táctica?

—No lo sé. Marchais y Kanapa querían hablar con un socialdemócrata. En mi opinión es un signo de liberalismo.

Aquel encuentro bucólico parece haber sido un poco oficial. Palme debió sentirse más a gusto con

Valéry Giscard d’Estaing, entonces ministro de Finanzas...

—Conversaciones interesantísimas. Hablamos mucho de justicia social. Giscard resultó ser más agudo y moderno que Pompidou o Debré.

Palme acaba de leer concienzudamente los tres primeros capítulos de “Democracia francesa” antes de pasar a las páginas siguientes.

—Está bien escrito —afirma.

¿Qué hay de los otros aspectos? “Uno es siempre víctima del propio electorado. ¿Cómo llevar una política de izquierda con electores de derecha? Se precisa además una unidad entre el pensamiento, la palabra y la acción. Hay que esperar a la acción después del libro”.

Palme debe mostrarse también prudente en relación con Giscard. No son tan necesarias las precauciones cuando se trata de enjuiciar al segundo o al primer Presidente de la V República: “Soy un poco gaullista: Europa debe llegar desde el Atlántico hasta los Urales”.

“Hablé con el general en circunstancias extraordinarias. El 14 de junio de 1963 cerró la puerta a los británicos en una conferencia de prensa. El 15 almorcé con él y con mi predecesor (Tage Erlander). En el Elíseo, De Gaulle nos explicó, muy relajado, su visión de Europa, que preocupaba mucho a los rusos. Estos se preguntaban siempre: ¿Por qué sólo hasta los Urales? De Gaulle decía de Gran Bretaña:

‘Es una isla’. Bien. Para mí, Budapest, Varsovia, Praga son tan europeos como nosotros.

—¿Y Moscú?

—Habría que preguntárselo a Pedro el Grande. El estaba convencido de ello.

Los resultados de las elecciones americanas no sorprendieron a Palmer. Antes de conocerse los resultados:

—Habría que convivir con el Presidente elegido por los americanos; personalmente, me inclino por Carter.

Después de la elección, y a una pregunta sobre la posibilidad de una política exterior nueva:

—Existe interacción entre política interior y exterior. La balanza del vicepresidente Mondale es excelente. Si se resuelven mejor los problemas internos de Estados Unidos: paro, pobreza, urbanización; si se aplica más resueltamente una política de relanzamiento, cabe una actitud más generosa hacia Europa y el Tercer Mundo.

Tercermundista desde hace mucho tiempo, Palme gusta de abordar las cuestiones geopolíticas con un sesgo africano o asiático. En cuanto a las relaciones entre las dos superpotencias, Palme no lee en los posos del café. No cree en otra expedición soviética de tipo angoleño:

—Los europeos no han comprendido las exigencias de la independencia nacional. Los soviéticos, por su parte, se han quemado tantas veces los dedos en los países africanos, que son y seguirán siendo, creo yo, muy prudentes.

—¿Qué opina de los sucesos de China?

—Son tan distintas las interpretaciones de los sinólogos prominentes... La explicación más simple es probablemente correcta: las gentes del “establishment” que dirigen China se han desembarazado de los radicales.

Descartando a China, Europa, la URSS y los Estados Unidos convergen hacia Helsinki y la distensión mundial. A este respecto, Palme no es ni optimista ni pesimista. Para él los acuerdos de Helsinki “han congelado las fronteras y las consecuencias de la segunda guerra mundial, han configurado un marco para evitar los conflictos armados. Hay quienes esperaban tal vez demasiado, a plazo inmediato, en términos de derechos del hombre. Estamos comprometidos en un proceso lento. Bien considerado, existe cierta diferencia entre el discurso que pronunció el Presidente Valéry Giscard d’Estaing y el mío propio. Giscard decía que no convenía que nos criticásemos tanto unos a otros. Mi tesis es la contraria: acabada la guerra fría debemos tener debates de ideas mucho más libres”. ■ OLIVIER TODD.